

El reino bajo asedio

Érase una vez un reino sano y libre que se vio conquistado por un déspota colonizador que no entendía de justicia. El reino batalló, se rebeló y envió a tropas y tropas de blancos reclutas. No obstante, nada parecía detener al conquistador, que se creía soberano y había comenzado a desplazarse por rojas carreteras que le permitieron llegar a muchos rincones diferentes de un reino cada vez más reprimido.

Al inicio de esta conquista, el rey no sabía lo que estaba teniendo lugar. Vivía una vida normal, con sus bajadas y sus subidas, como todos los demás habitantes. Hasta que, un día, un extraño fulgor proveniente del sur de sus dominios, que lograba otear desde su dormitorio en la torre más alta de su castillo, le indicó que algo no estaba del todo bien en el reino. Trató de ignorar durante semanas esta alarma que sonaba con la intensidad de las campanas de una catedral, pero el mezquino villano andaba ya cerca de la capital y, finalmente, el rey no pudo esquivar lo que se le venía encima. Llegaron curanderos y consejeros de todos los lugares del mundo, prestos a finalizar el avance de un desconocido que, cual neblina invernal, cubría todos los rincones del reino e impedía el característico florecimiento de la primavera. El rey estaba cada vez más triste porque ninguno de ellos lograba paliar su sufrimiento. En primer lugar, trajeron consigo cientos y cientos de pequeños soldaditos químicos que lucharon valerosamente contra el ejército enemigo. No obstante, los efectos de esta batalla eran, en ocasiones, nefastos para el rey, que se veía débil y demacrado.

Cuando esta alquimia dejó de funcionar, llegaron nuevos mensajeros, cada uno con ideas y tratamientos diferentes. Algunos utilizaban únicamente soluciones para los territorios afectados, mientras que otros introducían al rey en corrientes espirituales diversas, con el fin de ayudarlo a encontrar la verdadera esencia de su reino para tratar el problema desde la raíz. Sin embargo, el rey decidió alejarse de su castillo, que ahora parecía un sanatorio, y se dispuso a pasear.

Así, anduvo y anduvo por todos sus lares, hablando con sus gentes y vislumbrando las tropas enemigas, cada vez más poderosas. Empezó un viaje diferente, en medio de una guerra y un invierno que no estaban próximos a finalizar. El rey buscaba una razón para seguir luchando y no rendir las llaves de su castillo, ya que se encontraba sumido en un estado de profunda apatía y sentía que la batalla ya no tenía sentido.

Durante su travesía, vio un mar tempestuoso con un débil barco de madera surcando sus aguas y se preguntó por qué no naufragaba. Entonces, descubrió la emoción con que su intrépido capitán arriaba las velas y se hacía con el timón y se dio cuenta de que, en muchas ocasiones, un alma tenaz fortalece el más endeble esqueleto, permitiéndole surcar océanos bravos.

Cuando dejó atrás la costa y se adentró en las montañas, exploró pueblos aislados de toda civilización y se cuestionó por qué los campesinos no se mudaban a ciudades más grandes, por qué seguían viviendo en condiciones duras donde la supervivencia no estaba siempre asegurada. Fue caminando por ríos helados que coloreaban valles gigantescos y pudo así admirar el amor que los habitantes de aquella zona tenían por sus pueblos, cómo adoraban las montañas y trataban con sumo cuidado la naturaleza. Así, asumió que el amor es el motor más potente, incluso cuando lo que se quiere realizar parece un sinsentido o algo imposible.

Con esa enseñanza en el bolsillo, partió del área montañosa y puso rumbo a las grandes ciudades del reino, la mayoría asediadas por el enemigo. Al llegar, se dio cuenta de que los ciudadanos apenas tenían recursos porque el asedio había bloqueado sus fuentes de abastecimiento. Habló con niños famélicos y lloró cuando vio familias enteras que pasaban el día

con un mendrugo de pan. Intentó dilucidar por qué seguían adelante y no se rendían, y entonces fue testigo de una potente esperanza que inundaba sus mentes con anhelos de tiempos venideros. Se fue de la ciudad con la noción de que, incluso en situaciones extremadamente injustas, la esperanza es lo último que se pierde.

Finalmente, comenzó su etapa más difícil cuando arribó a las trincheras. Vio a sus caballeros luchar con uñas y dientes únicamente con el objetivo de proteger sus tierras y se sintió orgulloso del respeto proferido hacia su reino, así como deseoso de ganar la guerra para premiar a esos seres tan osados. Más tarde, contaría a sus súbditos que el espíritu heroico de un ejército le hace luchar cien veces mejor.

Habiendo aprendido todo lo que el destino le había deparado, regresó al castillo bajo la atenta mirada de los curanderos que había dejado atrás. Sin mediar gran palabra, abrió todas las ventanas del palacio, dejando entrar un viento helado que le congelaba las pestañas y el poco pelo que tenía en la cabeza. Muy seguro, le contó a su corte que ganarían la batalla. Que, efectivamente, valía la pena luchar.

Cabe añadir que no fue fácil y el rey tuvo que enfrentarse a vivencias que nadie merece experimentar. No obstante, aunque su reino estaba enfermo, su corazón latía parapetado por la emoción del capitán, el amor de los campesinos, la esperanza de los ciudadanos y la osadía de los soldados. Conocía la existencia de otros reinos lejanos que, a pesar de contar con todas estas armas, habían perecido inexorablemente a manos del cruel enemigo. Con todo, el rey se agarró a la vida y, con la cabeza muy alta, miró a los ojos a su rival y le dejó muy claro que no caería sin combatir.

Los días pasaron y el rey fue recuperando sus territorios. Se encontraba cada vez mejor y, por primera vez en mucho tiempo, veía luz en medio de la tormenta. Aunque su contendiente era tormentoso y encontraba mil maneras de atacarle de nuevo, el rey se mantenía impasible y el frío invernal dio paso a un cálido ambiente de primavera.

A través de las ventanas del castillo comenzaron a verse jóvenes brotes florales que daban al terreno un espectro de color nunca visto en el reino. El enemigo seguía en el horizonte, pero sus tropas estaban muy debilitadas y la recuperación total se veía inminente. Un día, el rey se despertó y sus mensajeros le comunicaron que el reino estaba limpio, había sanado. Lloró de la emoción y salió corriendo al jardín, donde los tulipanes, las rosas y las azucenas parecían bailar al son del ameno canto real.

El final de esta historia se aproxima y debo decirles, con gran alegría, que nuestro rey está extremadamente feliz. Ha descubierto que, a pesar de todo, no se arrepiente de haber conocido a su enemigo, porque este le ha permitido realizar un viaje vital que le ha llevado a conocerse a sí mismo y su territorio, a comprender lo que este necesita y ser capaz de ayudarlo. Ha abandonado aspectos de su vida que no le hacían sentirse bien y ha aprendido a valorar cada segundo que su bonito reino le puede proporcionar. Aunque sabe que a partir de ahora siempre tendrá ese pequeño temor de volver a encontrarse con el cáncer, confía en sus curanderos y en sus cuatro poderosas herramientas: la emoción, el amor, la esperanza y la osadía.

Teresa Serrano Melero

1º Finalista del I Certamen de Relatos Cortos 'Historias de Vida' de AYAC